

# CAPÍTULO 1

## La amarga traición

*1952 D.C. (Calendario terrestre). Reino de Grendor. Planeta Theros*

El Palacio Real se encontraba sumido en un silencio de cripta, denso y sin vida. Un frío antinatural, que ya no obedecía a las estaciones, se aferraba al mármol vetado de los pasillos como la humedad a una gruta. El aire olía a polvo de mineral y a metal, un hedor que se había incrustado en los pesados tapices que narraban las celebraciones de épocas pretéritas.

Afuera, las tres lunas de Theros (Ágana, Ofana y Zunon) bañaban el mundo con una luz de hueso que iluminaba la enfermedad de Grendor.

Khalyra apretó el broche de su capa de viaje, mirando a través de un alto ventanal. Allí donde recordaba valles frondosos y los Campos Dorados de Grendor repletos de árboles meciéndose al viento, ahora solo había un paisaje devastado: una colosal mina a cielo abierto que desgarraba la superficie de la tierra. El pueblo ya no cosechaba. Ahora vivían dominados por la confusión. Donde antes eran pacíficos cultivadores de la tierra, ahora se habían reconvertido en resignados mineros. Cavaban día y noche, sirviendo a su monarca, la reina Odenna, quien ya no se dejaba ver, recluida en sus inaccesibles aposentos. Una soberana que había cambiado. Donde antaño era magnánima y querida por su pueblo, ahora era fría, distante y en ocasiones despiadada. Obedecían, pero la ironía era devastadora. La misma sociedad colmena que la Roca de Resonancia les había otorgado para

prosperar en armonía, era ahora el grillete perfecto que les impedía rebelarse.

Khalyra se apartó del ventanal. El miedo le oprimía el pecho, pero su rostro, de rasgos afilados y pómulos altos, era una máscara de calma forzada. Caminaba por el Corredor del Heredero con sus botas de cuero suave apenas produciendo sonido sobre las losas. A treinta pasos detrás de ella, Vorian, el comandante de su Guardia Real, se mantenía como una sombra protectora. Más que oír su presencia, Khalyra la sentía. Vorian era un soldado de pocas palabras, un bloque férreo de lealtad cincelado por una antigua disciplina. Llevaba la armadura de placas de aleación ligera, un metal oscuro que parecía absorber la luz espectral. Su lealtad era hacia la princesa como misión principal. Ella no necesitaba mirarlo para saber que él también estaba aterrorizado. Su juramento era proteger a la heredera, no participar en una traición suicida contra la reina.

Se detuvo frente a la pesada puerta de los aposentos de Ehone, compuesta por una combinación de madera y de hierro. Khalyra posó su palma desnuda en el panel de activación oculto que se encontraba helado por el frío. La puerta se abrió con un leve siseo, como si suspirase. El vapor emanado del mecanismo, de disipó al instante al chocar con el aire helado del comedor.

La habitación de Ehone estaba en penumbra. La chimenea, que los sirvientes se encargaban de mantener prendida en todo momento, luchaba de forma inútil contra el frío reinante. Olía a limpio y al agradable aroma de las flores de zyra que Khalyra insistía en mantener en un jarrón. En el fondo de la estancia se encontraba su heredero. Su amado y único hijo.

Dormía, envuelto en pesadas pieles. La luz espectral de las lunas iluminaba su rostro joven, aún libre de las preocupaciones por los acontecimientos que estaban a punto de destrozar su mundo. Por un instante, Khalyra vaciló. Romper esta paz era el primer acto de su traición. Se arrodilló junto al lecho. Sus rodillas notaron que el suelo de piedra se encontraba más helado si cabía

que el ya frío aire que respiraban. Apartó con dedos temblorosos un mechón de cabello oscuro de la frente del príncipe.

—Hijo... cariño. Despierta.

Su voz fue un susurro, apenas más fuerte que el viento metálico que aullaba proveniente de las minas.

—Despierta, Ehone. He vuelto.

Ehone comenzó a despertar de su profundo sueño. Con sus ojos aún desenfocados, comenzó a reconocer el rostro de su madre. La confusión se transformó en una alegría pura y radiante.

—¡Madre! ¡Has regresado!

Se incorporó de un salto, abrazándola con la fuerza de un niño que ha echado de menos a la persona que más quería en el mundo. Khalyra le devolvió el abrazo, cerrando los ojos con fuerza, aspirando el olor de su cabello, como si quisiera retener ese instante en el tiempo. Pero la capa de Khalyra estaba fría como un témpano de hielo y sus hombros apenas envolvían al muchacho. Ehone se apartó, sintiendo la frialdad y la rigidez del abrazo de su madre. La alegría en su rostro dio paso a la confusión.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no te quitas la capa? ¿Vas a ver a la reina? ¿Sabe que has vuelto?

—Shhh —Khalyra le puso un dedo en los labios— silencio. Vístete. Ponte el abrigo de viaje, el pesado. Rápido.

—¿El abrigo de viaje? —El miedo se apoderó de la voz de Ehone—. ¿Nos vamos? ¿Los Lorens del Sur te han creído? ¿Nos declararán la guerra?

—No. Y sí. —Khalyra se levantó, su voz recuperando el tono regio de la heredera—. Hablé con ellos. Les di mi palabra de que la reina Odenna está enferma y que yo solucionaría esto desde dentro. Han quedado a la espera de noticias. Confían en mí, Ehone.

—Entonces... ¡es una buena noticia!

—Es una tragedia —replicó Khalyra, caminando hacia el ventanal—. Porque voy a tener que traicionar esa confianza. Hablar ya no sirve. La enfermedad de la reina avanza. Asistí al Consejo Real antes de partir... vi cómo condenaba a Lord Malder por

atreverse a mencionar la hambruna. Ya no hay negociación, hijo. Solo queda una solución.

Se giró hacia él, mientras las lunas iluminaban su rostro.

—Vamos a dar un paseo. Y recordarás tus lecciones.

Vorian se adelantó un paso y abrió una reja de hierro forjado que chirrió lastimeramente. Conducía a una escalinata de piedra que descendía hasta los mismos cimientos del Palacio Real. Un lugar frecuentado únicamente por la Guardia Real y por los maestros.

—¿A dónde vamos, madre? —preguntó Ehone, con voz temblorosa. La alegría por el regreso de la princesa había sido reemplazada por el frío del pasadizo subterráneo.

—A la Lección Final —dijo Khalyra. Sus pasos resonaban en la oscuridad—. El maestro Praxos te enseñó la historia de la Era de la Exploración. Recítamela.

Ehone soltó un bostezo que intentó disimular con el dorso de la mano. El frío del túnel le calaba los huesos a pesar del abrigo, haciéndole tiritar. Buscó con la mirada a Vorian, que caminaba a su lado, esperando una señal de complicidad, algo que le dijera que aquello no era un examen real. Pero el rostro del comandante era un muro de piedra bajo la tenue luz de las antorchas de pared. Vorian solo le ofreció un leve asentimiento, instándole a obedecer.

Ehone tragó saliva, frotándose los brazos para entrar en calor.

—La... la Edad Dorada —empezó, con voz dubitativa—. Nuestros ancestros... eran como dioses. Sus naves viajaban entre las estrellas usando el poder de nuestra estrella Theres. Lo catalogaron todo...

—Eran increíblemente inteligentes, pero también ingenuos —le cortó Khalyra con la voz endurecida—. Al final, demostraron ser tan incautos que pensaron que la galaxia era un vergel de paz.

Llegaron a una vasta caverna subterránea. El aire era seco y olía a metal antiguo. Se encontraban en lo más profundo del palacio. Ante ellos, como si salieran a su encuentro, aparecieron las reliquias de aquella era. Numerosas naves de exploración y de

defensa, titanes dormidos cubiertos por lonas y polvo acumulado durante innumerables ciclos de Theres.

—¿Qué encontraron? —susurró Ehone, sobrecogido por el cementerio de tecnología.

Khalyra se detuvo frente a la única nave que no estaba cubierta de polvo; una nave de transporte de carga que Vorian y sus leales llevaban cientos de ciclos de Theres reparando en secreto. Puso una mano sobre el fuselaje frío.

—Encontraron cientos de mundos, hijo. La mayoría, polvo y gas. Otros, habitados por seres primitivos, sin ninguna inteligencia. Y unos pocos... —su voz se suavizó— unos pocos eran hermosos, como el nuestro. Llenos de vida. Nuestros ancestros eran científicos. Catalogaron todo lo que vieron.

Hizo una pausa, el eco de sus palabras llenando la caverna.

—Pero hubo un último planeta. La causa de nuestra retirada. Mostraba señales de una tecnología que superaba la nuestra. Decidieron visitarlo, y lo que encontraron allí... fue su perdición. Era un mundo devastado, habitado por seres que eran pura violencia. Eran monstruos que habían consumido casi toda la vida de su propio planeta.

Ehone contuvo la respiración.

—Nuestros ancestros se defendieron, pero perecieron todos los que llegaron a pisar la superficie. Los que quedaron en la órbita, presenciaron la masacre y huyeron. A su regreso, se convocó el Gran Consejo de Lores, y tras él, se dictó la Doctrina que definiría nuestro rumbo como especie para siempre. Enterramos la tecnología y permanecemos en silencio hasta nuestros días.

—La Doctrina del Bosque Oscuro... —dijo Ehone, y un escalofrío recorrió su espalda. Ahora entendía el terror del maestro Praxos al impartir esa lección.

—Temíamos que algún día ellos nos encontraran —dijo Khalyra, su voz un susurro de inquietud—. Pero no es lo que te quería contar, mi querido hijo. Tu abuela está enferma, y no sabemos qué le está pasando. No permite que el maestro la examine, no podemos averiguar qué hay detrás de ese comportamiento.

Hemos descartado la demencia, porque conserva la coherencia cognitiva cuando se expresa. Lo que es un hecho, Ehone, es que está destruyendo nuestra tierra y captando súbditos de otros reinos mediante la Roca de Resonancia. Estamos en los albores de una guerra a nivel planetario. Los Lores no van a aguantar mucho más esta situación. ¿Qué pasará cuando todas nuestras tierras estén devastadas? ¿Invadiremos otros territorios? Ehone, soy la princesa Khalyra, la sucesora directa al trono de Grendor, y es mi responsabilidad poner remedio a esta situación.

Señaló la nave reparada, sus ojos ardiendo con la furia de la heredera.

—Por eso debo irme. Debo llevarme lejos a la Roca. Es la única forma de evitar la guerra. Y ya sabemos dónde esconderla, un lugar tranquilo, un planeta que es bellísimo, según los antiguos escritos, lleno de vida y sobre todo de agua, de ahí el nombre que se le asignó, planeta 'Agua'. Lo describieron como estable, biológicamente joven, y habitado por seres primitivos, no tecnológicos. Un mundo ideal.

Ehone la miró, el horror de la misión luchando contra el brillo de la aventura en sus ojos. —Entendido, madre. Es un plan arriesgado, pero quiero ir contigo.

El silencio que siguió fue la verdadera traición. Khalyra dio un paso atrás, incapaz de sostener la mirada de su hijo.

—Madre... —la voz de Ehone se quebró, entendiendo el silencio—. Madre, no.

Khalyra cerró los ojos, el nudo en su garganta amenazando con ahogarla—. No, Ehone. Tú debes quedarte.

—¡No! ¡No puedes dejarme! ¡Soy el príncipe Heredero! ¡Tú me necesitas! Si te vas, la reina me... me... ¡me usará!

—Lo sé —dijo Khalyra, su voz rompiéndose. Se arrodilló frente a él, tomando sus manos frías—. Sé que te usará. O peor. Te convertirá a su causa, sonriendo mientras lo haces. Pero no te preocupes, si todo va bien, estaré de vuelta muy pronto.

—¡No, madre! ¡Por favor!

—No, mi querido hijo. —Khalyra apretó sus manos—. No puedo exponerte a más riesgos, tu seguridad es lo primero. Debes quedarte aquí, fingir lealtad, y mantener nuestro linaje vivo.

¿Me prometes que volverás? —sollozó él. Las lágrimas de un niño brotaron en el rostro del príncipe.

—Te lo prometo, mi vida. —Khalyra lo abrazó con una fuerza desesperada, inhalando el olor de su cabello por última vez—. El viaje es prácticamente instantáneo, Ehone. Un parpadeo. En cuanto la Roca esté a salvo, volveré con la misma rapidez. Volveré para ocuparme de tu abuela. Te lo juro.

Se apartó, obligándolo a mirarla a los ojos. Su voz se volvió dura, la de la heredera dando su última orden.

—¿Comprendes que debes permanecer en silencio mientras tanto? Nadie puede enterarse. Si todo se descubriera, recuerda: tú no sabes nada. Hijo, tú eres lo más importante, eres el futuro Rey. Debes obrar con sabiduría en mi ausencia. No contradigas nunca a la reina. Protégete a ti en primer lugar.

Ehone asintió, secándose las lágrimas con rabia, intentando ser el soldado que ella necesitaba.

Khalyra se dio la vuelta, dándole la espalda a su hijo, incapaz de mirar su rostro compungido.

—Ahora, vuelve a tus aposentos. Sigue tus lecciones con Praxos. Actúa con normalidad. Esta noche, en la cena, no muestres miedo. No muestres nada. ¿Comprendes? Nadie puede saber que hemos tenido esta conversación.

—Vorian —dijo la princesa, girándose hacia el comandante—. Acompaña al príncipe de vuelta al corredor principal.

—Como ordene su Alteza. —Vorian hizo una pausa y guió al joven príncipe fuera del hangar, de vuelta a la luz espectral de los pasillos del palacio.

Khalyra se quedó sola en el hangar durante un instante, intentando recuperar la normalidad en el latido de su corazón. El silencio solo fue roto por el zumbido de la Antigua Tecnología. El dolor de la despedida se había ido. Solo quedaba la misión.

Se dirigió a los patios traseros del Palacio. Salió al exterior. La mañana se abría paso sobre Theros, bañando las colosales minas a cielo abierto en una luz grisácea y sucia. El maestro Praxos ya la esperaba allí, envuelto en su túnica gris de filósofo, temblando por el frío y probablemente también por el miedo.

—Mi señora —dijo Praxos, su voz temblorosa—. El príncipe está a salvo en Palacio. Pero, ¿está segura de esto? Ir allí abajo... es provocar. Los guardias de la reina están por todas partes.

—Son grendorianos —le cortó Khalyra, su voz fría como el mármol—. Y yo soy su heredera. Deben verme. Deben recordar a quién juraron lealtad antes de que la enfermedad de la reina lo consumiera todo.

Vorian, que había regresado en silencio, se unió a ellos, flanqueado por cuatro de sus Guardias Reales más leales y a su vez cómplices de la conspiración. Descendieron a los campos de extracción por el antiguo camino empedrado que daba acceso a los bellos jardines Grendor, ahora desaparecidos.

El aire allí era irrespirable y el olor a polvo de mineral y sudor rancio era sofocante. Khalyra, con su capa de lana azul cobalto, era un estandarte de desafío contra el paisaje gris. Vio a su pueblo, moviéndose como autómatas, los pacíficos cultivadores convertidos en resignados mineros. Sus ojos estaban vacíos, sus movimientos mecánicos, susurrando alabanzas a Odenna mientras sus cuerpos se consumían.

Khalyra se detuvo ante una anciana que había caído de rodillas, sus manos sangrando por la roca afilada. Los guardias personales de la reina, con sus casacas negras, la ignoraban.

La princesa rompió el cordón de seguridad, se arrodilló en el polvo y tomó las manos destrozadas de la anciana entre las suyas.

—Bebe —le dijo, ofreciéndole la cantimplora que Vorian le pasaba en silencio.

La anciana levantó la vista, y al reconocer a Khalyra, sus ojos vacíos se llenaron de lágrimas.

—Mi Alteza... —logró articular—. Tenemos hambre...

—Lo sé —susurró Khalyra con la voz rota—. Aguanta. Te doy mi palabra. La cosecha volverá.

En ese instante, en medio del polvo y la desesperación, los mineros más cercanos que presenciaron la escena detuvieron su trabajo. Un murmullo recorrió las filas. No era la obediencia de la colmena. Era algo más antiguo. Era esperanza.

Uno de los mineros, con el rostro cubierto de hollín, levantó su pico y gritó:

—¡Los Dioses salven a la princesa Khalyra!

El grito fue respondido:

—¡Khalyra! ¡Nuestra princesa!

Cientos de voces se alzaron, un trueno de lealtad recuperada que hizo retroceder a los guardias de la reina.

Khalyra se puso en pie, con lágrimas silenciosas recorriendo su rostro. Estaba rota por la desolación. Se giró y se apoyó en el maestre Praxos, que la sostuvo con firmeza.

—Ahora lo ven, mi señora —susurró Praxos—. Usted es The-ros. No ella.

El trueno de lealtad de los mineros no cesó. Cientos de voces coreaban su nombre:

—¡Khalyra! ¡Khalyra!

El trabajo en la colosal mina se había detenido por completo. Los resignados mineros se habían puesto en pie, sus herramientas caídas en el polvo. Era un mar de rostros esperanzados, con la voluntad anulada por el malintencionado uso de la roca de resonancia.

El momento se rompió.

Un agudo silbido, como el de un látigo cortando el aire, silenció a la multitud. Un destello de plasma azul. El súbdito que había iniciado el grito "¡Los Dioses salven a la princesa Khalyra!" se desplomó, mostrando en su espalda una línea negra y humeante de piel carbonizada.

El silencio que siguió fue más profundo que el del Palacio Real.

Cuatro guardias personales de la reina, con sus atuendos de cuero negro y cascos sin rostro, avanzaron entre la multitud ahora paralizada. El capitán se detuvo sobre el cuerpo inerte.

—La producción es la única oración —dijo el capitán, su voz filtrada por un distorsionador, metálica y sin emoción—. La cosecha de minerales no puede cesar. Volved al trabajo o acabaréis como él.

El terror se apoderó de los mineros. Volvieron a sus puestos, el sonido de los picos contra la piedra regresando lentamente, como un corazón que vuelve a latir tras un susto mortal.

—¡Cómo te atreves! —rugió Khalyra, dando un paso al frente, su mano yendo a la empuñadura de la pistola de energía que llevaba oculta bajo la capa.

Antes de que pudiera desenfundar, Vorian la agarró del brazo.

—Alteza, no —susurró Vorian a la princesa al oído—. No aquí. No ahora. Mire sus ojos.

Khalyra levantó la vista. El capitán de la guardia la miraba fijamente. Detrás de su visor oscuro, ella no vio a un Therosi. Vio la misma enfermedad vacía de su madre.

—Mire a su alrededor —insistió Vorian con urgencia.

Khalyra desvió la mirada del capitán. Y entonces lo entendió. No eran solo los guardias de uniforme negro los que la observaban. Varios mineros, que no habían vitoreado, la miraban con una intensidad vacía de calor. Los oídos de la reina. Espías infiltrados incluso entre los esclavos.

Khalyra lo vio todo en un instante. El capitán la estaba provocando. Si ella cruzaba la línea, si cometía traición abierta, estos testigos lo informarían, y la Guardia de la reina tendría toda la autoridad para arrestarla a ella, a Praxos y a Vorian. La conspiración moriría en ese mismo instante.

—Recuerde la misión, Alteza —susurró Praxos a su espalda, su voz temblando—. El príncipe Ehone. La Roca.

Khalyra sintió que la opresión en el pecho aumentaba su intensidad, se convertía en un bloque de granito aplastándola. Miró

al cadáver en el suelo. Miró la crueldad sin sentido del capitán. Miró a su pueblo, que volvía a cavar, derrotado.

La heredera de Grendor hizo lo más difícil que había hecho en su vida. Se tragó la furia. Con un último gesto de desprecio al capitán, se dio la vuelta.

—Vorian, Maestre. Vámonos.

El trío se alejó, subiendo por el antiguo camino empedrado. Khalyra no volvió a mirar atrás. Ya no estaba "rota por la desolación". Estaba forjada en la certeza absoluta. La huida de esa noche ya no era un acto político. Era un acto de salvación.

Khalyra se giró mostrando un rostro endurecido por los acontecimientos. El calor de la lealtad de su pueblo luchaba contra la inevitable frialdad de su misión.

—Praxos, atiende a la familia de ese Therosi —ordenó en voz baja—. Vorian, conmigo.

—Mi Alteza —dijo Vorian, alcanzándola—. El capitán de la guardia informará de lo sucedido con toda seguridad.

—Lo sé —replicó Khalyra, subiendo las escalinatas del palacio sin aliento—. Por eso debo verla yo primero. Debo informar de mi gran éxito diplomático.

Los aposentos de la reina eran una fortaleza dentro del Palacio Real. El aire aquí era antinaturalmente frío, pero no olía a metal; olía a algo antiguo y estancado, como el aire de una tumba sellada.

Khalyra entró sola. Vorian tuvo que esperar fuera, desarmado, bajo la mirada atenta de cuatro miembros de la Guardia Personal, quienes tenían un porte y una corpulencia que destacaban notablemente respecto al resto de soldados de Grendor, incluido Vorian que era un portento físico.

La sala estaba en penumbra. Una figura imponente estaba de espaldas a ella, mirando a través de un ventanal blindado hacia la devastación de las minas.

—Has vuelto —la voz de Odenna era fría como el hielo—. ¿Cómo te ha ido en tu viaje por las tierras del Sur?

Khalyra intentó mantenerse serena mientras en su cabeza se desencadenaba la tormenta de la traición.

— Todo ha ido bien, madre. — dijo con voz firme—. Los Lores estaban... confundidos. Preocupados por las desertiones. Les aseguré que investigaríamos las causas del porqué algunos de sus súbditos se han unido a nuestro pueblo, que el Reino de Grendor estará siempre con ellos.

— ¿Y te creyeron?

— Confiaron en mi palabra de heredera al trono, Majestad. Se han quedado calmados. No creo que consideren iniciar una escalada, al menos en el corto plazo.

Hubo un largo silencio, roto solo por el zumbido distante de la maquinaria de extracción. La figura no se movió.

— Pero podemos ser más eficientes — añadió Khalyra, intentando con un último esfuerzo reconducir la voluntad de su madre.

— ¿Eficientes?

— Sí, madre.

— ¿Madre? ¿Acaso has olvidado tu educación? Aquí, en mi cámara personal, en la sala del Consejo Real, o en el Salón del Trono, ¡donde sea! — la voz de la reina aumentando en dureza — ¡Soy la reina!... no lo olvides nunca.

— Discúlpeme, Majestad, no fue mi intención ofenderla. Fue un lapsus, no volverá a ocurrir — respondió la princesa con tono de sumisión. Ese hecho no hacía más que confirmar que algo no iba bien; su madre, la versión anterior de ella, nunca le hubiera tratado de esa forma.

— Continúa, no tengo todo el día.

— Sí, mi reina. La extracción manual es lenta. Los cuerpos biológicos son débiles, se agotan. Para acelerar la cosecha y calmar a los Lores, solicito vuestra autorización para reactivar las unidades de maquinaria pesada que permanecen paradas en los almacenes de servicio.

La figura de la reina se tensó. El sonido del zumbido de las minas pareció pasar a un segundo plano.

—¿La maquinaria de obra? —preguntó, y por primera vez, Khalyra detectó una emoción en su voz. No era calidez, era un hambre fría.

—Son equipos de alto rendimiento, Majestad. Están inactivos por vuestras nuevas directrices de trabajo manual, pero mis ingenieros aseguran que están listos para operar. Podríamos duplicar la extracción antes del próximo ciclo. Sin descanso. Sin fatiga. Cumpliríamos vuestro objetivo en la mitad de tiempo.

Odenna se giró lentamente. Sus ojos brillaban con una intensidad febril que a Khalyra le provocó un escalofrío. Su madre, la gobernante sabia, jamás habría priorizado la velocidad de extracción sobre la vida de sus súbditos, pero esa mujer solo veía números.

—Duplicar... —murmuró la reina, saboreando aquella palabra. Resultaba inexplicable que no hubiera tenido en cuenta la maquinaria pesada para las labores de extracción hasta ese instante. Para la princesa, estas extrañezas comenzaban a no producirle efecto alguno, se habían convertido en algo habitual.

Caminó hacia Khalyra, deteniéndose a un paso. Por un instante, Khalyra esperó un gesto de afecto, un reconocimiento. Pero Odenna solo miraba el potencial, no a la hija.

—Astuta —dijo finalmente—. Una heredera obediente... y eficiente. Muy bien. Tienes permiso para desplegar esas máquinas. Usémoslas.

—Como ordenéis, Majestad.

Khalyra hizo una reverencia, su frente cubierta de gotas de sudor frío. La mentira de la falsa respuesta de los Lores había funcionado y de paso había conseguido aligerar la carga de trabajo a los habitantes de Grendor.

Salió de la cámara, mirando de reojo al meteorito que tiempo atrás cayó en Grendor y que la reina hizo tallar para tenerlo como elemento ornamental en su cámara personal. El corazón de la princesa latía con fuerza. Por el momento había conseguido calmar a la reina y a la vez aliviar el sufrimiento de su pueblo.

Theres, la estrella madre, se alzaba como la más hermosa y brillante de su constelación. Su luz blanca y pura, que antaño bañaba un paraíso de color, ahora solo servía para iluminar la desolación. La herida abierta de las minas era una cicatriz obscena sobre la tierra, un monumento a la locura de su madre. Lejos de debilitarla, aquella visión fortaleció su determinación.

Llegó a sus aposentos exhausta. El largo viaje diplomático, seguido de la tensión de la audiencia, había agotado sus reservas. La puerta se abrió para revelar a una de sus sirvientas personales, Thalara, una joven callada de ojos bajos que aguardaba de pie su llegada.

—Mi señora, bienvenida. ¿Deseáis comer algo? ¿Un baño?

—Ambas cosas, Thalara. El almuerzo primero. Y que el baño esté caliente —dijo Khalyra, quitándose la pesada capa de viaje y dejándola caer sobre una silla.

—Como ordenéis, Alteza.

Thalara se movió en absoluto silencio, colocando una bandeja con una variedad de frutos de los que apenas ya se cultivaban. Justo cuando se disponía a retirarse a la alcoba contigua para preparar el baño, llamaron suavemente a la puerta.

Era el maestro Praxos. Entró con urgencia, su rostro pálido.

—Mi señora, gracias a los Dioses. Os estaba esperando. ¿La audiencia?

Khalyra levantó una mano, indicándole que bajara la voz. Thalara se había detenido en el umbral del baño, con la excusa de organizar unas toallas, su aparente interés centrado en su tarea, pero sus hombros visiblemente tensos.

Khalyra no le dio importancia; era su sirvienta de confianza.

—Ha ido... mejor de lo esperado —dijo Khalyra en voz baja, sentándose y sirviéndose una copa de una bebida parecida al vino.

Praxos se acercó, sus ojos brillando de incredulidad. —¿La maquinaria pesada? ¿Os la ha concedido?

—Así es. Cree que soy una hija eficiente y obediente que solo quiere acelerar su cosecha. La actual arrogancia de mi madre nos

permitirá ejecutar nuestro plan. Le he mentido sobre los Lores, le he dado una solución lógica, y la ha aceptado.

—Entonces, el plan de fuga...

—Sigue en marcha —le cortó Khalyra—. Más que nunca. Vorian usará esa autorización como salvoconducto por si alguien detecta movimientos extraños durante la noche.

Praxos asintió, aunque el miedo no abandonaba su rostro. Se acercó más, bajando la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible.

—Mi señora, mientras estabais en la audiencia, he estado en los archivos. Comparando fechas. El meteorito...

—Lo he visto —dijo Khalyra, su mirada oscureciéndose—. Estaba en su cámara.

—Alteza, las fechas coinciden. Con una precisión aterradora. La llegada del meteorito y el primer informe de la enfermedad de la reina están separados por un solo ciclo lunar. Es una coincidencia crucial. No podemos desdeñar que todo sea consecuencia de la presencia del meteorito.

—Comparto tu apreciación, querido Praxos. A mi vuelta, me ocuparé de mi madre una vez desprovista de la Roca de Resonancia y haremos desaparecer el maldito meteorito. Lo destruiremos.

En el umbral del baño, Thalara dejó caer una pequeña vasija de aceite perfumado. El sonido del cristal rompiéndose en el suelo de piedra fue agudo y violento, como un grito.

Khalyra y Praxos se giraron al instante. La sirvienta los miraba, horrorizada por haber interrumpido la conversación con su acción, mientras cubría su boca con las manos.

—Lo siento mucho, mi señora, le ruego que perdone mi torpeza.

—No te preocupes, Thalara, puedes retirarte.

—Como ordene, Alteza. Con permiso. —La sirvienta se retiró, esta vez con paso apresurado.

Khalyra se giró hacia Praxos. —¿Crees que ha podido oír algo de lo que hemos hablado?

—No lo puedo asegurar, mi señora. Es una posibilidad, y también lo es que informe a la reina. Pero debemos permanecer tranquilos. Nuestro plan es sólido, y ya lo tengo todo preparado, Alteza. Con su permiso, hay un joven que espera sus clases de historia.

—Gracias Praxos. Mi padre estaría orgulloso de ti.

Khalyra se quedó sola. El silencio de sus aposentos era ahora opresivo. La bandeja de comida permanecía intacta. Se dirigió a la alcoba contigua, donde el vapor del baño caliente se elevaba en el aire gélido, un pequeño oasis de calidez en un mundo que se desmoronaba.

Se despojó de sus ropas de viaje y se sumergió en el agua humeante. El calor no logró relajar la tensión de sus músculos, pero por un momento, silenció el ruido de la conspiración. Cerró los ojos.

Tras un breve espacio de tiempo en paz absoluta, en la oscuridad de sus párpados, lo vio.

No vio a Odenna. No vio a Ehone. Vio a Arion, su esposo fallecido hacía ya cinco ciclos de Theres.

Lo vio no como el guerrero que su pueblo recordaba, sino como el ser que solo ella conoció. Lo vio en los jardines del palacio, antes de que las minas los devoraran, riendo mientras intentaba enseñarle a un pequeño Ehone a lanzar una daga. Vio la calidez de sus ojos, tan diferente de la frialdad de la corte.

«Vives demasiado en tu cabeza, mi princesa», le dijo una noche, mientras sus manos ásperas por la empuñadura de la espada tomaron su rostro. «Deberías salir y sentir el viento. La vida es una tormenta con la que debemos bailar, no un problema que hay que resolver».

Ella, por supuesto, frunció el ceño, con su mente de heredera incapaz de soltar el control. «Una tormenta para la que no te preparas, destruye, Arion. Es un caos que debe ser contenido».

Él soltó una carcajada, un sonido profundo que siempre lograba desarmarla. «¿Ves? Sigues resolviendo». Y entonces la besó. Fue un beso de guerrero: hambriento, directo; un beso que le

robaba el aliento y la obligaba a dejar de pensar para empezar a sentir. La levantó del suelo, con sus brazos fuertes como el acero, y le susurró contra los labios: «Pues baila conmigo, Khalyra. Resuelve esto».

Recordó la sensación de rendirse a él. En ese momento solo existían ellos dos en todo el universo. Era en esos breves instantes cuando se sentía completamente a salvo.

Y entonces, la imagen se quebró y el recuerdo se desvaneció. Vio el final. La grave enfermedad que ningún maestre pudo curar. Un fuego que lo consumió desde dentro en apenas un ciclo lunar. Recordó su propia impotencia, sentada junto a su lecho, sosteniendo su mano mientras él se convertía en un susurro de piel y hueso. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla.

Al salir de la bañera, el agua se escurrió por su piel, llevándose consigo el calor del recuerdo. El aire helado de los aposentos la golpeó como una bofetada, devolviéndola bruscamente a la realidad. Se cubrió con una pesada bata de fibra de khul, pero el frío que sentía ya no era corporal. Era el frío de la soledad.

Caminó descalza sobre la piedra gélida, atraída una última vez por el alto ventanal de su cámara, con la esperanza de volver a ver los campos coloridos que tanto la emocionaban cada mañana al despertar. Theres, se encontraba en su máxima luminosidad, su luz pura regando estérilmente las heridas que los valles de Grendor mostraban al cielo. Vio las minas, el monumento a la locura de Odenna. «Bailar con la tormenta», había dicho Arion. Pero esta no era una tormenta de la naturaleza. Y ella era la única que podía contenerla.

Comió un poco de la bandeja, mientras la estrella Theres iniciaba su descenso diario. El peso de la responsabilidad, el cansancio por el viaje, el choque con la reina y del dolor recién recordado, la golpearon fuertemente, hasta que, tras acurrucarse en su lecho conyugal, quedó dormida profundamente.

El sueño de Khalyra fue profundo, un abismo de agotamiento sin imágenes. Ni Arion ni Ehone acudieron a ella. Era solo un vacío negro, una tregua robada al destino.

Mientras tanto, en el Patio de Armas, la luz del atardecer generaba largas sombras sobre los muros de piedra. El comandante Vorian, con la excusa de un entrenamiento rutinario, supervisaba a su guardia personal. El aire resonaba con el sonido rítmico del acero de práctica contra los escudos. La esgrima con pesadas espadas y grandes escudos era un arte ancestral que les servía para mantenerse en forma, a pesar de que los soldados de Grendor iban armados con modernas armas de proyección de energía y apenas se empleaban ya en el cuerpo a cuerpo.

Vorian observaba, con el rostro endurecido por la disciplina militar. Nadie habría adivinado que la mitad de los soldados en ese patio estaban a punto de cometer alta traición.

—¡Otra vez! —gritó a dos de sus soldados, Rane y Jarek, que entrenaban una formación de ruptura.

Tras un asalto particularmente brutal que hizo volar uno de los escudos, Vorian detuvo el combate.

—Descanso. Bebed.

Mientras los demás secaban el sudor de sus rostros, Rane y Jarek se agruparon junto a él en el barril de agua. Vorian bajó la voz, su tono ahora el de un conspirador, no el de un comandante.

—La princesa ha conseguido la autorización real para el uso de la maquinaria pesada.

Rane, el teniente más veterano, asintió sin mirarlo, bebiendo de su cuenco de madera. —Eso es bueno. Distraerá a la guardia de la reina hacia las minas.

—No importa —dijo Vorian—. Nuestro plan no cambia. La autorización es solo un salvoconducto por si nos detectan. La bodega de carga del hangar principal está asegurada. Moveremos la Roca de Resonancia cuando todos se hayan retirado a sus aposentos. Tras el cambio de guardia en Palacio.

—¿Y el Maestre? —preguntó Jarek.

—Praxos ya ha preparado los programas de ida y vuelta de la nave. Se unirá a nosotros en el hangar. Nuestra misión es asegurar el acceso y abrir el portón exterior. Esta noche —dijo Vorian, sus ojos endureciéndose—, cambiamos el destino de Theros.

Quiero deciros que, en caso de que nuestra misión fracasase, ha sido un honor ser vuestro comandante, y estoy seguro de que los dioses os tendrán reservado un lugar de privilegio cuando llegue vuestro día.

Vorian miró hacia las torres del palacio. —Y ahora, idos. Continuada con vuestras rutinas.

El crepúsculo tiñó de un naranja enfermizo los campos de minas. En los aposentos de la princesa, la luz y el calor de Theres apenas podían doblegar el espantoso frío reinante.

Khalyra despertó con un sobresalto. La habitación estaba sumida en la penumbra. Por un instante, no supo dónde estaba.

Tres golpes suaves sonaron en la puerta.

—Alteza...

Era Thalara. La sirvienta entró, esta vez sin tropezar, llevando en sus manos las pesadas túnicas ceremoniales de color azul cobalto para la cena. Su rostro mostraba la habitual sumisión respetuosa. No había rastro del pánico de la mañana, en ese momento era una simple sirvienta cumpliendo con su deber.

—Es la hora, mi señora —dijo Thalara, sus ojos bajos—. La reina Odenna os espera junto al príncipe en el Gran Comedor para la cena.

El trayecto fue un desfile silencioso. Khalyra caminaba con la espalda recta, su túnica de seda azul ondeando tras ella como un estandarte de desafío en medio de la piedra gris. Thalara la seguía tres pasos por detrás, con la mirada clavada en el suelo, una sombra silenciosa.

Al llegar a las dobles puertas reforzadas, dos guardias de la reina anunciaron la llegada de la princesa y empujaron las hojas abriendo la puerta de par en par.

Khalyra cruzó el umbral y, al instante, sintió cómo todos los presentes clavaban la mirada en ella.

El Gran Comedor estaba preparado para un banquete, pero se sentía como un velatorio. Dos chimeneas colosales, situadas en los extremos opuestos de la sala, rugían con un fuego voraz, devorando troncos enormes de kurn. Las llamas se alzaban altas y

furiosas, proyectando sombras danzantes en las paredes de piedra. Y, sin embargo, el calor no llegaba a las mesas. La baja temperatura provocaba que el aliento de los comensales se condensara en pequeñas nubes de vapor frente a sus rostros.

Los nobles de la Corte, dignatarios y cortesanos de más alta confianza, estaban sentados en largas mesas, pero nadie comía. Sus miradas, llenas de alivio al verla, la siguieron mientras avanzaba por el pasillo central.

Pero lo que hizo que el pulso de Khalyra se acelerara no fue el frío, ni el silencio. Fue el acero.

El salón estaba tomado.

No eran los guardias ceremoniales habituales. Pegados a las paredes, en la penumbra, más allá del círculo de luz de las velas, había hileras de soldados de la Guardia Personal. Estaban inmóviles, con las manos descansando sobre las empuñaduras de sus armas de energía, rodeando a los comensales.

Al final del salón, sobre el estrado, la reina Odenna presidía la mesa principal. A su derecha, el asiento de Khalyra estaba vacío. A su izquierda, el pequeño Ehone, que parecía diminuto en su silla, le dedicó una sonrisa nerviosa y fugaz al verla entrar.

Pero fue la figura que se alzaba detrás del trono de mesa de la reina la que robó el aliento de Khalyra.

Era una torre de músculo envuelta en una armadura de escamas negras. Un gigante que hacía parecer pequeños incluso a los guardias que custodiaban las puertas. Su casco descansaba bajo su brazo, revelando un rostro ancho, marcado por cicatrices antiguas y una brutalidad que no necesitaba palabras.

El comandante Borak.

Los soldados lo llamaban Rompehuesos. Un instrumento de violencia pura, la fuerza de choque que Odenna había mantenido en reserva hasta que la enfermedad endureció su corazón. Su presencia allí, en una cena de estado, sin casco, era un mensaje que no necesitaba traducción: algo no iba bien.

Borak clavó sus ojos pequeños y oscuros en Khalyra mientras ella se acercaba a la mesa, sin que este hiciera reverencia alguna. Solo la observó con frialdad.

—Llegas tarde, hija —dijo Odenna. El tono de voz fue tranquilo, pero cortó el aire helado del salón como un cuchillo.

Khalyra se detuvo al pie del estrado, haciendo una reverencia profunda, ignorando deliberadamente la presencia amenazante del gigante.

—Os ruego que perdonéis mi demora, Majestad. Quedé dormida más tiempo del deseado.

Odenna sonrió, pero la sonrisa no fue genuina. Fue un gesto vacío, una mueca dibujada en un rostro de porcelana.

—Es normal, hija mía. Ha debido ser un viaje duro. —La reina hizo un gesto lánguido con la mano—. Siéntate. Tu hijo te ha echado de menos.

Khalyra subió los escalones del estrado. Al pasar junto a Borak, este se movió deliberadamente, invadiendo su espacio vital, obligándola a desviarse ligeramente. Un acto de dominancia física. El hedor que desprendía era de algo rancio, animal, insoportable, muy alejado del aroma a jabón. Khalyra contuvo la respiración y tomó asiento junto a Ehoné.

Ya en la mesa, buscó la mirada de su hijo. Ehoné la miró de reojo, sus ojos grandes y asustados preguntando mil cosas que no podía verbalizar. Khalyra asintió suavemente, transmitiéndole una petición de calma.

Odenna se puso en pie. Todo el salón contuvo el aliento.

—Mis leales súbditos —comenzó la reina, su voz proyectándose con cierta dificultad—. Hoy celebramos el regreso de mi hija. Nos trae noticias de paz desde el Sur. Nos trae promesas de lealtad.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras flotaran sobre las cabezas de la alta nobleza.

—Pero la lealtad es algo frágil, ¿verdad? Se rompe con facilidad. A veces, con una simple mentira. A veces, con un susurro en la oscuridad.

La mirada de Odenna se desvió hacia un rincón del salón, donde Thalara permanecía de pie, casi invisible contra la pared. La sirvienta no levantó la vista.

Khalyra sintió cómo su corazón se aceleró súbitamente.

«Lo sabe», pensó.

—Esta tarde —continuó Odenna, su tono endureciéndose—, he recibido informes preocupantes. Informes que hablan de movimientos no autorizados en los hangares antiguos, y de palabras conspirativas.

La reina giró la cabeza lentamente hacia Khalyra. Ya no había máscara. Solo la mirada endurecida y abandonada a la enfermedad.

—Dime, hija mía. ¿Qué andas tramando? ¿Acaso no me lo has contado todo sobre tu viaje?

—No hay tramas ocultas, Majestad —respondió Khalyra, poniéndose en pie con una lentitud deliberada que desmentía el galope frenético de su pulso—. Solo la diligencia de una heredera que busca asegurar que vuestra voluntad se cumpla. Si mis soldados se mueven en las sombras, es porque la noche es el único momento en que las minas no devoran su tiempo.

Odenna la observó en silencio, tamborileando sus dedos largos y pálidos sobre la madera de la mesa. El sonido, rítmico y seco, era el único sonido en el inmenso salón.

—Diligencia —repitió la reina, como si probara el sabor de la palabra y la encontrara amarga—. O sedición. La línea es delgada, hija mía. Y tú siempre has tenido la mala costumbre de caminar por los bordes.

Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

Fue suficiente. Borak se movió haciendo un gesto a dos de los guardias a su cargo y estos, sin mediar palabra se posicionaron a ambos lados de la princesa. Cada uno la agarró de un brazo y la obligaron a levantarse de la mesa. La cara de Khalyra no podía disimular el dolor infligido en sus brazos.

—¡Madre! —gritó Ehone, saltando de su silla y yendo a agarrarse a la túnica de su madre con desesperación infantil—. ¡Déjala! ¡Ella no ha hecho nada!

El salón entero contuvo el aliento. Los presentes bajaron la mirada a sus platos vacíos, aterrorizados por ser testigos de la grotesca escena.

Odenna ni siquiera miró al niño. Su atención estaba fija en Khalyra, sus ojos buscando cualquier grieta en su semblante.

—Llevala a la Torre de la Guardia —ordenó la reina con frialdad—. Que pase la noche allí y aseguraos de que no habla con nadie. Por la mañana celebraremos un Consejo Real y estudiaremos los hechos.

Los guardias, seguidos por la mirada atenta de Borak, se llevaron a la princesa como ordenó la reina. Ehone quedó llorando mientras la reina ordenó servir la cena con una indiferencia absoluta.

Praxos buscó con la mirada a Vorian. La honda preocupación en sus rostros lo decía todo.

La celda de la Torre de la Guardia era un espacio de piedra húmeda y oscuridad. Khalyra caminaba de un lado a otro con la impaciencia de un animal enjaulado. Se frotó los brazos donde los dedos de los guardias le habían dejado marcas. Sabía que el tiempo se agotaba. Si Praxos y Vorian no actuaban pronto, el amanecer traería un interrogatorio del que no podría escapar con mentiras.

El sonido de pasos pesados en el corredor exterior la hizo detenerse. No eran los pasos rítmicos de una patrulla. Eran rápidos, urgentes.

Se oyó un ruido sordo, como de cuerpos cayendo, seguido del silbido de un cerrojo magnético siendo forzado. La pesada puerta de hierro se abrió con un chirrido.

Vorian estaba allí, con su armadura de combate completa y un rifle de energía en la mano. Detrás de él, Praxos sostenía una lámpara, su rostro pálido sudando en la frialdad de la noche.

—Mi señora —dijo Vorian, entrando—. Los guardias están neutralizados. Tenemos un escaso margen de tiempo antes del cambio de turno. Debemos ir al hangar. Ahora.

Khalyra salió de la celda, respirando el aire de libertad del pasillo. Pero no giró hacia las escaleras que bajaban a los cimientos. Giró hacia la torre este.

—No —dijo ella.

Vorian se detuvo, bloqueándole el paso. —Alteza, es un suicidio. Todo el palacio está en alerta. Debemos bajar.

—No me iré sin verlo, Vorian. —La voz de Khalyra no admitía réplica—. No voy a desaparecer en la noche dejando que lo último que recuerde de mí sea cómo me apresaban como a una criminal. Tengo que despedirme.

—Si nos capturan en los aposentos reales, todo habrá terminado —advirtió Praxos, aunque en sus ojos había comprensión.

—Entonces seremos rápidos. Vorian, abre camino.

Se movieron por las sombras del palacio como espectros. Vorian, con una eficiencia letal, despejó el camino, noqueando a un guardia solitario y guiándolos por los pasadizos de servicio que solo la familia real y la vieja guardia conocían.

Llegaron a la puerta de Ehon. Khalyra hizo una señal para que vigilaran el pasillo y entró sola.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz de las lunas. Ehon aún estaba despierto, sentado en el borde de su cama, con las rodillas abrazadas al pecho, mirando a la puerta con ojos rojos e hinchados. Cuando vio entrar a su madre, soltó un sollozo ahogado y corrió hacia ella.

—¡Sabía que vendrías! —lloró, enterrando la cara en su túnica—. ¡Sabía que no eras una traidora! ¿Se lo has explicado a la abuela? ¿Ya está todo bien?

Khalyra se arrodilló, envolviéndolo en sus brazos, aspirando su olor, grabando la sensación de su pequeño cuerpo contra el suyo en su memoria para siempre. El dolor de la mentira que estaba a punto de decir era más agudo que cualquier herida física.

—Escúchame, Ehone —susurró, apartándolo suavemente para mirarlo a los ojos—. No tenemos mucho tiempo. Todo... todo se arreglará. Pero ahora, debo cumplir con la misión de la que te hablé.

—¡No! ¡Llévame contigo!

—No puedo, mi amor. Es peligroso. Ya lo hemos hablado. Volveré enseguida y lo arreglaré todo. Confía en mí. —Khalyra le acarició la mejilla, limpiando una lágrima con el pulgar—. Necesito que seas valiente. Necesito que te quedes aquí y te mantengas a salvo. Tienes que ser fuerte frente a la abuela. Haz lo que ella diga. No la enfades. Prométemelo.

—Pero... ¿estás segura de que volverás?

Khalyra tragó el nudo en su garganta. Miró esos ojos que eran idénticos a los suyos, los ojos de un niño que confiaba en ella por encima de todo. Y le dio la respuesta que sellaría su destino y el de él.

—Te lo prometo. Volveré antes de que te des cuenta.

Le dio un beso en la frente, un beso que contenía todo su amor y toda su desesperación, y se puso en pie.

—Ahora, vuelve a la cama. Y recuerda: eres el príncipe de Grendor. Sé fuerte.

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin mirar atrás porque sabía que, si lo hacía, no tendría la fuerza para irse. Las lágrimas no pudieron contenerse por más tiempo en sus ojos.

En el pasillo, Vorian y Praxos la esperaban. Khalyra tenía el rostro bañado en lágrimas, pero su expresión era de acero.

—¿Habéis cargado la Roca de Resonancia?

—Sí, Alteza, ya está en la nave. La cargaron mis soldados más leales con un carro de transporte —respondió Vorian.

—Alteza, la reina está durmiendo y seguirá así hasta mañana. Me pasé por las cocinas antes de que sirvieran la cena, como habíamos acordado —añadió Praxos.

—Perfecto. Vámonos —dijo con la voz quebrada pero firme—. Al hangar. Terminemos con esto.

El hangar principal no era una cueva húmeda como los túneles de servicio; era una catedral de ingeniería olvidada, excavada en la propia roca bajo el majestuoso palacio. Y en el centro, flotando a un palmo del suelo sobre un campo de antigravedad estática, esperaba la nave.

No tenía forma aerodinámica, era más bien un cubo oscuro con unos diez metros de lado y una única puerta en su base. Su superficie era un espejo negro mate que absorbía la escasa luz de las lámparas que iluminaban el hangar.

Praxos se puso a teclear comandos en la consola externa para iniciar la secuencia de lanzamiento. Si la programación no fallaba, la nave sabría en todo momento cómo llegar a su destino, y tan solo una voz de la princesa sería suficiente para volver. No precisaba de tripulación experta.

Antes de dar la última pulsación, la que iniciaba el despegue, los sistemas se activaron.

—Alteza, la ruta de ida y vuelta está preprogramada. No tendrá que preocuparse por nada. Llegará a la estrella del planeta Agua de forma instantánea, tan solo sujétense bien en los asientos de la nave. Para volver, use el nombre de nuestra estrella y regresará con la misma facilidad con la que se marchó. —Praxos se dirigió a Vorian—. Querido amigo, espero verte pronto. Cuida de la princesa, no permitas que corra ningún peligro. —Y se fundieron en un fuerte abrazo.

—No tengas ninguna duda, mi querido Praxos. Cuidaré de ella.

Vorian ya había asegurado la Roca de Resonancia en el interior de la nave. Sus soldados formaban un perímetro en la entrada del hangar, expectantes.

Khalyra se giró hacia el Maestro.

—Querido Praxos, asististe a la reina en mi nacimiento. Eres como un segundo padre para mí. Estoy segura de que no es necesario que te lo diga, pero...

—Sí, mi querida niña, cuidaré de él, responderé con mi vida si es necesario. —El anciano no pudo contener la emoción y

abrazó a la princesa, saltándose por completo el protocolo real—. Es la hora, subid.

Khalyra sintió como sus entrañas se retraían. Asintió una sola vez. Un adiós silencioso a su mentor.

Khalyra y Vorian subieron la rampa, que se selló tras ellos con un siseo hermético.

Praxos activó la apertura de la gran puerta exterior del hangar. El viento helado de la noche entró como una jauría de lobos hambrientos. Pulsó la tecla que finalmente iniciaba el despegue.

La nave se desplazó en silencio absoluto y se deslizó hacia el exterior, convirtiéndose en una sombra más contra las estrellas.

En el momento en que la nave activó su propulsión de fase, ocurrió el milagro.

Una onda de luz auroral, violeta, dorada y esmeralda, bañó el valle más próximo.

Abajo, en la cicatriz abierta de la mina, el turno de noche trabajaba en un resignado silencio, roto solo por el golpe de los picos y las pequeñas máquinas de mano. De repente, la oscuridad se hizo día. Pero no un día gris. Un día de colores imposibles.

Un minero detuvo sus labores. Luego otro. Cientos de mineros levantaron la vista, sus rostros cubiertos de hollín iluminados por el resplandor. La luz transformaba la roca estéril en un espejismo de los antiguos Campos Dorados. Por un instante, el polvo brilló como polen de hadas. No entendían la tecnología, no sabían qué era aquella estela que subía hacia el firmamento, pero sintieron una oleada de emoción al verla. Era como si los propios dioses estuvieran bendiciendo su sufrimiento, o prometiendo un final.

En las sombras del hangar vacío, Praxos no se quedó a mirar. En cuanto la nave desapareció en las nubes, cerró la puerta y ejecutó el comando de purgado de datos en la consola. La pantalla se fue a negro.

El anciano se recogió la túnica y corrió. Corrió con una energía que no experimentaba desde sus tiempos de juventud, huyendo de la escena, regresando a la seguridad de sus aposentos y

a la coartada de sus libros viejos, rezando para que su corazón se calmara antes de que el sol saliera.

Arriba, en el límite de la atmósfera, la nave dejó atrás la gravedad de Theros.

Khalyra miró la pantalla de navegación. El planeta ya era solo una curva lejana. Vorian, a su lado, mantenía la vista al frente, imponente, tratando de proyectar en la princesa esa seguridad que él mismo necesitaba sentir.

—Destino fijado —dijo la voz automatizada de la nave—. Sistema estelar exterior. Planeta objetivo: Agua. Aproximándonos a Theres. Sistema de captación de energía estelar funcionando con normalidad. Niveles de energía para salto espacio-tiempo al 10 por ciento... 30 por ciento... 70 por ciento... Absorción de energía completada con éxito. Iniciando salto.

Súbitamente, las estrellas se estiraron, convirtiéndose en líneas de luz infinita. Y en un parpadeo, Grendor, Odenna y el pequeño Ehon desaparecieron, quedando atrás en el tiempo y el espacio, mientras Khalyra se lanzaba hacia el vacío para salvarlos a todos.